

dijo que no hacía mas que ilustrar y ordenar la desdichada compilacion de Bonnet que en el *Seputcretum* habia reunido las ajenas observaciones patológicas, añadió muchísimas de su parte y tomadas de Valsalva. Respetó tambien á sus predecesores sin idolatría y sin ocultar sus muchos errores procedentes de haber atribuido al hombre las observaciones hechas sobre los animales, investigó el sitio y el origen de los males mas recónditos, y aunque se censuren su prolijidad en las historias y la arbitraria disposicion de estas segun los síntomas predominantes, ninguno habia enlazado hasta entónces tan perfectamente la anatomía con la patología (1).

Y la anatomía progresó no poco. El Holandés Camper, víctima de la revolucion de 1787, demostró que existía aire en las cavidades internas del esqueleto de las aves; notó las variedades naturales de la especie humana y los caracteres deducidos de la conformacion de los huesos de la cabeza y del ángulo facial; todo lo cual sirvió luego de norma á Blumenbach para su clasificacion de las variedades humanas. Tylor hizo preciosas observaciones sobre la estructura del ojo y sobre las cataratas; el Escocés Hunter sobre el útero en estado de gestacion; el Turines Bianchi sobre el hígado, en competencia con Morgagni; y Malacarne, de Saluzo, sobre el cerebro humano. Este mismo Malacarne fué uno de los primeros que reconocieron la importancia de la anatomía comparada, á cuya ciencia se aplicó tambien Jacobo Rezia en Pavia, que tuvo la gloria de ver erigida en su universidad la escuela práctica de cirugía por Antonio Scarpa, de Friul. Asociado este en Paris con el famoso litótomo fray Cosme, y en Lóndres con los dos Hunter y con el rey de los cirujanos Pott, observó las inyecciones de los vasos linfáticos que en aquellas ciudades se practicaban. Félix Fontana, que escribió sobre el veneno de las víboras, sugirió al gran duque Pedro Leopoldo la fundacion del museo físico de Florencia, y fué tambien llamado á organizar el de Viena, cuyas figuras de cera son todavía objeto de admiracion para los inteligentes.

Á fines del siglo pasado continuaban muchos las ya alteradísimas investigaciones fisiológicas de Haller, estudiando en la estructura visible las funciones de los órganos; otros se valian de la anatomía para impugnar la teoría de la irritabilidad, siendo clásicos en este género los trabajos de Soemmering y de Monro sobre el cerebro y de la médula espinal, y los de Vico d'Azyr y de Scarpa sobre el oído y el olfato, en lo cual sobresalieron tambien Savart y Ganizza. Duverney, Rezia, Kruikshanh y Mascagni dedicaron sus investigaciones al sistema de los vasos linfáticos, ya descubiertos por Aselli, Rudbeck y Bartolino, probando que existen en

Scarpa.
1747-
1832.

1753-
1815.

(1) El Senado de Venecia aumentó su pensión hasta 22,000 escudos. Otros ejemplos de pensiones muy generosas hubo en aquel siglo, especialmente por parte de la serenísima república.

todo el cuerpo y absorben el quilo y la linfa. El tratado de anatomía de Mascagni se publicó despues de la muerte del autor para uso de los aficionados á la escultura y á la pintura, así como el pródromo de la grande anatomía, en donde las partes del cuerpo están grabadas con minuciosa exactitud y de tamaño natural.

El sistema de los humoristas habia caído en descrédito desde que los descubrimientos anatómicos y fisiológicos parecian restituir la accion vital á las partes sólidas, haciendo depender de ellas tanto la circulacion de la sangre como la secrecion de los humores. Entónces nació el sistema del Escocés Brown, segun el cual, la salud consiste en cierta dosis arreglada de excitabilidad promovida por el estímulo de los agentes exteriores. Las enfermedades se reducian, pues, á dos clases únicamente: las producidas por la acumulacion del principio irritable (*esténicas*), y las producidas por su agotamiento (*asténicas*): para estas últimas era el opio el remedio supremo. Lo combatió Hufetaud y lo adoptó, aunque no ciegamente Pedro Frank, el cual en su *Método de curar las enfermedades del hombre* dió buenas descripciones y una excelente introduccion á la patología y á la terapéutica, observando con calma y circunspeccion.

Á Frank se debe un curso de policía médica, enseñanza que entónces los gobiernos estaban estableciendo y á la cual pertenecen los socorros á los ahogados. El Inglés Goodwyn observó que la muerte de estos procedia de la falta de oxígeno, y despues Grocy perfeccionó el aparato para la insuflacion del aire vital. Se puso remedio tambien á los enterramientos precipitados, y se dispuso que los cementerios estuviesen fuera de poblado y en lugar abierto. Venel, del canton de Berna, introdujo métodos de ortopedia, y el Vergamasco Pasta invocó en las curaciones el auxilio de la filosofía en sus libros sobre el *Valor en las enfermedades* y el *Galateo* (1), en que tiende á imbuir á los médicos en aquella austeridad de modales y circunspeccion de sentimientos que son indispensables para el que ha de acercarse á los dolores de la humanidad.

CAPÍTULO XXXVI

Luis XVI.

Durante las escandalosas desventuras del reinado de aquel Luis XV que parecia compendiar en su persona la innoble disolucion y el profundo egoísmo del siglo, todos volvían la vista

(1) Libro muy semejante á este es la *Política del médico*, de Alejandro Knipp's Macoeppe, profesor en Padua, donde en cien aforismos latinos expone las artes y aun los artificios necesarios al médico para adquirir crédito. Comienza: « Omnis medicina a Deo est... Ars nostra sine religione vel nihil... Sanctos venerare, religionem illustra, non obnubilat. Impium horrendumque est æmulum invidiumque virtutis Deum credere. »

Brown.
1736-88.

Frank.
1745-
1821.

con cariño hácia el delfín. Repetíanse con una benevolencia que rayaba en sátira algunos de sus rasgos y dichos; contábase que habiéndose divertido un día en bosquejar jardines y palacios magníficos y oyendo los elogios que le prodigaban los cortesanos, exclamó: « Su verdadero mérito consiste en que no costarán un sueldo al pueblo, pues que jamas llegarán á construirse: » al embajador de España le dijo en una ocasion: « Para que el príncipe pudiera gustar los placeres de la mesa, sería necesario que estuviere seguro de que en aquel día ninguno de sus súbditos tendria que acostarse sin cenar: » otra vez queriendo su padre aumentarle la dotacion, cuentan que respondió: « Preferiria que eso se rebajase de las contribuciones: » y habiendo salido á caza y deteniéndose ante un sembrado por no atravesarlo, al oír á los aldeanos que lo elogiaban por ello se dice que exclamó: « Estos nos agradecen hasta el mal que no les hacemos. » Cuando nació su hijo, habiendo destinado la ciudad de Paris 600,000 francos para unos fuegos artificiales, propuso que en su lugar se gastasen en dotar seiscientas doncellas. Los asentistas y recaudadores generales aumentaron con sus donativos aquella suma, y en un solo día se verificaron setecientos setenta y seis matrimonios, además de los que dotaron otros príncipes y señores por seguir el ejemplo de la corte.

Era, pues, el delfín un tipo de aquella filantropía que entónces se ostentaba, pero purificada por la religión, cosa que no sucedia respecto del mayor número de los filántropos; y así, de la conciliacion de los creyentes con los filósofos, parecia deber resultar una era de felicidad, de moral, de economía, de religion. Pero murió este príncipe (1765) á los treinta y seis años de su edad, dejando tres hijos, el mayor que heredó el título de delfín, el conde de Provenza y el conde de Artois, que fueron despues Luis XVII, Luis XVIII y Carlos X.

El primero habia sido educado en sentimientos de piedad que rayaban en timidez, y alejado desde un principio de los hombres y de los negocios segun el deseo de la de Barry. Tuvo estudios, pero no tales que diesen vigor á su alma: ocupábase en trabajos de albañilería y cerrajería; tradujo de Hume la vida de Carlos I, y viendo que este, por haberse puesto á la cabeza de los caballeros, habia terminado su vida en un patíbulo, creyó que se debia amansar á los descontentos por medio de concesiones. Habíase efectuado entónces la obra maestra de Kaunitz, la alianza entre Francia y Austria, alianza repugnante á la nacion, que recordaba su eterna rivalidad con los Austríacos, y las muchas veces que estos habian asolado la Francia, hecho prisionero al rey y turbado la paz con la Liga. Blanco y centro comun de estos odios fué María Antonieta, hija de María Teresa, dada por esposa al mismo Luis, en cuyas bodas, en la confusion y apiñamiento de gente que

1770.

hubo con motivo de unos fuegos artificiales, perecieron, segun los cálculos mas moderados, trescientas personas, y segun los mas exagerados, mil doscientas: hecatombe de que no se dejaron de sacar infelices augurios. María Teresa habia inspirado á la futura reina de Francia su arrogancia y orgullo, tanto que los Franceses repetian que tenia el corazón austríaco, mientras ella, viva y caprichosa, desesperaba á las damas de honor con sus continuas infracciones del riguroso ceremonial de la corte (1). La Barry y sus satélites ridiculizaban á los dos esposos que se amaban y á aquel delfín santurrón sin gracia en su porte, ni viveza en el decir, profetizando que sería severo y tiránico, porque no era corrompido como todos los que lo rodeaban (2).

Quando el rumor de los cortesanos, que abandonando el cadáver de Luis XV, corrian presurosos á ponerse á las órdenes del nuevo amo, y la alegría del pueblo que daba gracias á Dios por haberse apiadado al fin de la Francia, notificaron á los dos esposos la muerte de su abuelo, se hincaron de rodillas exclamando: « ¡Oh Señor, entramos á reinar demasiado jóvenes; oh Señor, proteged nuestra inexperiencia! »

¡Vago, pero verdadero sentimiento de la propia incapacidad en posición tan difícil! Sin embargo, al principio se les presentó risueña la fortuna. La juventud agrupada en torno de los jóvenes monarcas parecia que barta de bacanales y de impiedad, aspiraba á regenerarse con ideas plácidas y benévolas; pasó la moda de los ateos y materialistas; al espíritu crítico é irreligioso reemplazó la escuela sentimental de Rousseau y de los filántropos; cesó la costumbre de ostentar disolucion y de reirse de la virtud; al lenguaje de una licenciosa galantería sucedió el de una exagerada sensibilidad; hubo de paliarse la infidelidad conyugal con la excusa de una gran pasión ó de amenazas de suicidio ó de sacrificios novelescos; en vez de la *Doncella de Orleans* y del *Compadre Mateo*, se leía

(1) El señor Barante en la noticia sobre el conde de Saint-Priest (Paris, 1845), llena de cosas importantes para aquella época, dice de María Antonieta: « Elle avait apporté en France la simplicité des princes d'Autriche, et l'habitude viennoise de vivre dans une société restreinte et familière, où le commerce est animé d'une bienveillante gaieté, où l'on s'amuse d'une conversation facile, qui a quelquefois les formes de l'esprit sans en avoir le fond, où, se livrant à toutes les distractions du monde, on ne porte point son regard au-delà de ce cercle qui enferme la vie, les sentiments et les idées. A ces dispositions la reine joignait un cœur généreux, un grand fond de bonté et une vraie noblesse d'âme, que tant de frivolité n'abaissait jamais. »

(2) FALLOUS, *Louis XVI*. 4810.

Droz, *Hist. du royaume de Louis XVI, etc.* 4839.

SOULAVIE, *Mém. hist. et polit. du royaume de Louis XVI*. RANDOT, *La France avant la Révolution, son état politique et social en 1787 à l'ouverture de l'Assemblée des notables, et son histoire depuis cette époque jusqu'aux états généraux*. Paris, 1842.

Y todos los historiadores de la Revolucion y una infinidad de Memorias.

Á fines del reinado de Luis Felipe se hizo moda vituperar á María Antonieta, presentándola en novelas lúbricas y en historias hipócritamente audaces, con las cuales se queria adular al ídolo de entónces, es decir, al vulgo.

1775.

con preferencia á Gessner, á Florian, á Delille, á Saint-Pierre, en lugar de orgías se celebraban asociaciones para socorrer la indigencia ó solicitar la emancipacion de los Negros; por moda se adornaban de espigas los peinados, rebajados considerablemente de su antigua elevacion; afinóse el arte de los jardines ingleses, preparando retiros y adornos casi para hombres bienaventurados; María Antonieta en el Trianon construyó una cabaña, y á su inmediacion un corral para el ganado; no se hablaba mas que del *pobre pueblo*, preparándosele escuelas, viveres, trabajo y hospitales, y Luis llevaba en la botonadura una flor de patata: mascarada sentimental que no retardaba la cuarema.

Entónces la Barry y Terray fueron excluidos de la corte con gran júbilo del pueblo; cesó la correspondencia secreta, y las cartas que habia fueron quemadas, y Voltaire escribía: « Si Luis XVI continúa así, no se hablará mas del reinado de Luis XIV. Yo lo estimo demasiado para creer que haga todas las reformas con que se nos amenaza. Paréceme que nació prudente y firme, por lo cual será un rey benéfico y grande. ¡Felices aquellos que teniendo veinte años como él, podrán gustar largamente las dulzuras de su reinado (1). » Cuando despues (1774) llamó á Roberto Turgot para dirigir los negocios de la hacienda, pareció que la misma filosofía personificada habia subido al ministerio, así que los enciclopedistas creyeron ya dado el golpe de gracia á aquella que ellos llamaban la *infame* (2).

Luis, de carácter tímido y encogido, y un tanto grosero, aunque tenia vivos deseos de hacer bien, le faltaban ingenio para proyectarlo y energía para quererlo. Á pesar de que su predecesor al morir le habia recomendado que mirase al Austria como su enemiga natural, él conservó la alianza pactada, y lo hizo de una manera recelosa que lo impidió recoger sus frutos. De las novedades se asombraba porque ó no las comprendia, ó las comprendia demasiado, ni supo jamas dirigir el gobierno, ni perseverar en la marcha comenzada, ni ponerse á tiempo á la cabeza del movimiento. Necesitaba, pues, entregarse á un ministro. María Antonieta, que tenia sobre su marido el predominio que las mancebas habian tenido sobre sus predecesores, se inclinaba al elegante Choiseul; pero Luis, no pudiendo perdonarle el haber sido enemigo de su padre, prefirió el septuagenario conde de Maurepas. Este cortesano frívolo y corrompido, que conservaba las viejas

Maurepas.

(1) *Corresp. á Mad. d'Épinay.*

(2) Voltaire escribía á D'Alembert: « Si tenéis sabios de esta especie en vuestra secta, contad con que la infame será derrocada por la gente decente. » Y al rey de Prusia le decía: « Los clérigos están desesperados: este es el principio de una gran revolucion: se hunde el viejo palacio de la impostura fundado hace 1775 años. »

El artículo de Turgot sobre la *Existencia* en la Enciclopedia es el trabajo mas sólido de metafísica que se ha escrito en el siglo XVIII.

ideas, pues que habia vivido veinticinco años separado de los negocios, apenas le manifestaba el rey la menor oposicion, pedía su reemplazo: creía irreparables algunos abusos, y se figuraba que la monarquía estaba tan sólidamente cimentada que bastaban sus propias fuerzas para sostenerla. Habria sido fácil aprovechar el paso que otros habian dado destruyendo el parlamento, pero cuando ya el país se habituaba y aun daba aplausos á la nueva jurisdiccion, Maurepas retrocedió y llamó á los magistrados desterrados, premiando así la deslealtad, dando un centro á la oposicion, una representacion á las clases privilegiadas y preparando obstáculos á la reforma que la época exigía.

Turgot, que en vano se habia opuesto á estos errores, se dedicó á enmendar los de Terray y á restuarar el crédito público. Es digna de la historia la larga carta que escribió á Luis. Entre otras cosas decía « V. M. se ha dignado dispensarme que le recuerde la obligacion tomada consigo mismo de sostenerme en mis proyectos de economía que siempre, pero ahora mas que nunca son indispensables... me limito, señor, á recordaros estas tres palabras, que no haya bancarota, ni aumento de impuestos, ni empréstito: no habrá bancarota ni manifiesta ni enmascarada, con reducciones forzosas; no se aumentarán los impuestos, y la razon está en la situacion de vuestros pueblos y mas todavía en el corazon de V. M.; no habrá empréstitos, porque todo empréstito merma las rentas libres y lleva pronto ó tarde á la bancarota ó á aumentar las contribuciones. En la paz no debe tomarse á préstamo sino para liquidar antiguos débitos ó saldar otros hechos á mayor interes. V. M. recordará que al recibir el cargo de interventor general conocí el precio de la confianza con que me honraba; comprendí que me confiaba el bien de sus pueblos, y si me es permitido decirlo, el cuidado de hacer amar su persona y su autoridad. Pero al mismo tiempo conocí el peligro á que me exponía; preví que estaria solo para combatir contra los abusos de todo género, contra los esfuerzos de los que de ellos se aprovechaban, contra las preocupaciones que se oponen á toda reforma y que son un poderoso instrumento en manos de las personas interesadas en perpetuar el desorden. Tambien tendré que luchar con la generosidad y la bondad natural de V. M. y de las personas que le son mas caras; seré temido, odiado de la mayor parte de los cortesanos, de todos aquellos que solicitan favores; me achacarán todas las negativas, me tratarán de hombre duro porque habré mostrado á V. M. que no debe enriquecer ni aun á los que ama, á costa del pueblo. Este pueblo por el cual me habré sacrificado, es tan fácil de engañar que acaso me atraeré su odio por las medidas que adopto para defenderlo de toda vejacion. Seré calumniado y con tanta verosimilitud quizá que me quitarán la confianza de V. M. No sentiré perder un puesto que no esperaba y que estoy pronto á resignar en manos de V. M. tan

Turgot.

pronto como conozca que no puedo serle útil: pero su estimacion, la reputacion de integridad, la pública benevolencia que os indujo á llamarme, me son mas caras que la vida, y corro el riesgo de perderlas tambien sin merecer ninguna reprehension. »

Las contribuciones, al terminur el reinado de Luis XV, ascendían á 365.000.000 de francos, carga intolerable por lo vicioso de su reparticion. De las directas, á saber, la capitacion, el medio diezmo y la talla estaban exentos los diezmos territoriales, las rentas feudales, los censos señoriales sobre los siervos y las rentas públicas; el clero se eximia mediante un donativo voluntario que apenas ascendía á once millones, mientras gozaba la quinta parte de la riqueza agrícola general; y de la nobleza se exigían la capitacion y el medio diezmo, pero ateniéndose á sus declaraciones. De aquí la desigualdad escandalosa é irritante que se notaba; la talla, que el rey y su consejo podían aumentar á su arbitrio, envilecía porque era marca de humildad; y toda clase de violencia en la exaccion parecia permitida respecto de gente sin derechos.

La mayor parte de las rentas públicas procedía de los impuestos indirectos, como portazgos, aduanas, derechos de consumo, rentas de la sal, del tabaco, de correos y otras semejantes (1), que todas juntas ascendían á 300.000.000 de francos. De estas, la mayor parte gravitaba sobre los pobres, pues sabido es que el consumo está en razon, no del caudal, sino de las bocas; y el padre que tiene mas hijos, el artesano que tiene mas trabajadores, paga mayor cantidad que el millonario.

Arrendábanse los impuestos indirectos á sociedades en que los cortesanos estaban interesados, de modo que las hacían contratar á precios bajos engrosando sus caudales á expensas de la miseria pública; y los arrendadores enriquecidos daban al rey á fin de año, dentro de un bolsillo de terciopelo, una parte de sus ganancias: ofrenda á guisa de propina, para que no viese la miseria del pueblo esquilado. Hacíase la opresion tanto mas intolerable cuanto que era diferente, de provincia á provincia, habiendo una clase de gabelas en la ciudad y otra en el campo, una para el plebeyo y otra para el noble, una para el artesano y otra para el proletario. Así en unas provincias valía la sal de 8 á 9 francos el quintal, en otras 16, en otras hasta 62: gran fomento para el contrabando que habia llegado á ser plantel de bandidos. Á consecuencia de tales complicaciones, conocidas solo de los asentistas, el contribuyente no sabia lo que tenia que pagar, ni ea virtud de qué ley, ni podia hacer reclamaciones razonadas contra el capricho de los aduaneros, gente mal educada y codiciosa. Los arrendadores, alegando que no

(1) La sola ciudad de Paris producía al Tesoro cerca 80.000.000 de francos; esto es, mas de lo que sumaban juntas las rentas de Cerdeña, Suecia y Dinamarca.

podían cumplir los compromisos contraídos si encontraban obstáculos en la recaudacion, obtenían un poder despótico, prendían á su arbitrio y castigaban á los contrabandistas con brutal severidad. Cuando un recaudador de impuestos no pagaba al fisco, se prendía á los cuatro mayores contribuyentes hasta que solventaba el débito; en ocasiones se llegó á castigar con la rueda y la muerte por estas causas, y los presidios estaban llenos de saladores sentenciados por usar sal de contrabando. Un subterráneo en Bicêtre sin luz ni aire, reservado para los mayores delincuentes, que denunciando á sus cómplices se libraban de la horca sin merecer la compasion, sirvió de encierro por espacio de seis semanas á una persona aprisionada por sospechas de contrabando, y esta no pudo jamas obtener reparacion de los omnipotentes asentistas.

Otras gabelas pesaban tambien sobre el pueblo, como trabajos para la conservacion de los caminos y la obligacion de dejar recoger el salitre por comisionados, los cuales entraban como verdaderos devastadores en las casas, que solo á gran precio eran rescatadas. En la industria todo era monopolio, extendiéndose por todas partes las trabas de gremios y maestrías. En Ruan solo una sociedad de ciento doce mercaderes podia negociar en granos; únicamente cuatrocientos noventa mozos tenia el privilegio de trasportarlos, y el de molerlos estaba reservado á solos cinco molinos. Si en Marsella se introducía vino de la cosecha de otro territorio, se quemaba el carruaje en que se habia introducido, se azotaba al carretero y se derramaba el vino. « Así un vil interes, trastornando todas las nociones de moral y de equidad, solicita y obtiene contra infracciones que solo á él perjudican las penas deshonrosas que la justicia no impone al delito sino contra su voluntad, y obligada á ello por consideraciones de seguridad pública. »

Esto decía Turgot, el cual queria poner remedio á tantos males. Este ministro, independiente en sus juicios, osado sin temeridad, moderado sin ser condescendiente, enemigo de los abusos sin declamacion, rectificaba las ideas de su tiempo y aun les añadía alguna cosa. Emancipóse hasta del predominio de Voltaire y dogmatizó seriamente sobre materias que este no trataba sino en estilo jocoso. Con su lógica vigorizó el sentido comun y convirtió en ciencia exacta las ideas confusas de aquel tiempo, que mezclaba el mal con el bien, el error con la verdad. Amigo de Quesnay y tambien de Gournay, queria conciliar las opiniones de los economistas y fisiócratas, pero no se remontaba mas allá de cierto egoísmo estrecho, en que su benevolencia para con los pobres se veía limitada por la proteccion que concedía á los fuertes, cobijados bajo el asilo del *dejad hacer*. Uniendo el celo de neófito á la perseverancia de magistrado íntegro y

á la persuasión de la omnipotencia de los reyes, creía poder extirpar fácilmente abusos muy arraigados, y trasladar de las discusiones de los filósofos al gabinete los proyectos más atrevidos que desde entonces acá se han propalado en la tribuna. Asociándose á Cristiano Malesherbes, hombre también de rectas intenciones, se dedicó á reformar la hacienda y la constitución civil. Aunque los gastos excedían á los ingresos en 22.000.000 de francos, sin contar los 15 destinados á reembolsar parte de la deuda redimible, Turgot dijo al rey: « No habrá bancarota, ni aumento de impuestos, ni empréstito; » y á fuerza de economías se fueron pagando poco á poco los intereses atrasados y se disminuyó el déficit.

Compadecido de la miseria de los campesinos oprimidos por los diezmos, y de los males de los obreros que se morían de hambre mientras enriquecían á sus amos, no cesó un momento de proclamar con una salva de edictos libertad de comercio y de industria; quiso por tanto evitar que los impuestos gravitasen sobre los consumidores, tratando de reducirlos á uno solo, del cual no se eximiesen ni el clero ni los nobles; cerró la mayor parte de los monasterios, asegurando una cómoda subsistencia á los párrocos; emancipó la autoridad civil de la eclesiástica; reformó la instrucción pública y llamó á consejo para las cosas de Estado á los doctos.

D'Alembert, Bossut, Condorcet, fueron consultados sobre la navegación: Lavoisier acerca de los nitros; Vicq d'Azir, para ordenar la escuela de clínica, y el abate Rosier fué enviado á Córcega para difundir los buenos métodos de agricultura. En una palabra, Turgot procuraba renovar la Francia sin la terrible prueba de la efusión de sangre. En 1776 se abolieron las corveas y los gremios, verdadera emancipación de los trabajadores, y en un sublime preámbulo decía: « Dios dando al hombre necesidades y haciendo que le fuese indispensable trabajar, dió á todos derecho al trabajo, primera, sagrada é imprescriptible propiedad. Por tanto, queremos abolir esas instituciones arbitrarias que no permiten á los indigentes vivir de sus brazos; que alejan la emulación en la industria y hacen inútiles los talentos de aquellos á quienes las circunstancias excluyen de la comunidad; que sobrecargan la industria de impuestos gravosos á los súbditos y no provechosos para el Estado; y por último, que con la facilidad con que se concede á los miembros de las comunidades para aunarse entre sí, obligan á los individuos pobres á someterse á la ley de los ricos, se hacen instrumento de monopolio, y encarecen sobremanera los artículos de primera necesidad. »

En vez de las dañosas restricciones impuestas al interés del dinero, trató de librar de la usura á los negociantes por medio de una caja de descuentos que evitase las pretensiones exageradas de los capitalistas. Pensaba dar

publicidad á las hipotecas, reducir á un tipo uniforme las pesas y medidas, promulgar un código penal más equitativo, reemplazar con un código civil la multitud de prácticas consuetudinarias, establecer administraciones provinciales que combinadas con los municipios proveyesen al bien particular; rescatar las rentas feudales sin lesión de la propiedad. En suma, con ingenio, valor y perseverancia habría querido, y acaso podido, prevenir la Revolución. Pero su bondad era puramente de ánimo, seguía absolutamente los principios como lo exigía la moda, y en sus rectas intenciones se olvidaba de que tenía que habérselas con hombres: así es que provocó grandes resistencias.

Los asentistas decían: « ¿Por qué cambiar? ¿no estamos así bien? » Los nobles añadían: « Si el rey ahora nos priva de mandar » trabajar á los villanos, ¿no podrá mañana » obligarnos á trabajar por nosotros mismos? » Á los jefes de gremio parecía que el suprimir las maestrías era una medida dirigida á favorecer las manufacturas inglesas; los grandes no veían en estas disposiciones sino la venganza de un plebeyo; el parlamento, que quería ostentar independencia oponiéndose á todo, se negó á registrar los edictos populares en que se abolían las maestrías y los servicios personales en las carreteras; y Turgot no pudo allanar este obstáculo sino recurriendo á la violencia y al solio de justicia. Pero además de las torpes resistencias del interés se suscitaban otras fundadas en la razón. Los errores de su escuela impedían á Turgot el conocer cuánto contribuye el crédito público á la prosperidad, así como también el que fuese lícito tomar anticipos sobre los ingresos anuales, y pensó que reduciendo todas las contribuciones á una sola territorial, la imposición recaería únicamente sobre el *producto neto*. Asustó á los propietarios aquella contribución única sobre las tierras, que dejando libres los capitales creados por la industria, arruinaba de hecho la agricultura por quererla sostener, y privaba al Estado del inmenso producto de los impuestos indirectos. Todos, pues, lo culpaban: á lo cual respondía: « Ya sabéis cuánto » sufre el pueblo, y en mi casa se muere de » gota á los cincuenta años. »

Viendo que los obstáculos á la circulación interior de los granos los hacían escasear en algunos puntos, al paso que se acumulaban en los graneros públicos, proclamó Turgot libre aquel comercio: lo cual hecío en un país cuyo sistema estaba fundado sobre las prohibiciones, era imitar por otro estilo á los filósofos que proclamaban la impiedad donde era innata la devoción. Por desgracia siguieron á estas disposiciones algunos años de carestía, y el vulgo, atribuyéndola á ellas, acudió en tropel al palacio de Versalles dando gritos lastimeros y pidiendo pan barato. El parlamento dió la razón al vulgo, y Turgot se vió obligado á enviar

Guerra de las harinas. Mayo. 1775.

tropas para apaciguar el tumulto. De este modo se unieron á la aristocracia los artesanos y el pueblo para odiar al ministro.

Luis conversaba gustoso con Turgot y Malesherbes acerca de la futura felicidad de su pueblo; aplaudía consejos que apenas comprendía y para cuya ejecución le faltaba la energía necesaria; enternecíase al saber los desórdenes, y se llenaba de contento cuando le indicaban el remedio. Un día dijo á Turgot: « ¿ Ves? Yo también trabajo, y le enseñé un proyecto que había formado para destruir los conejos que echaban á perder la hortaliza. Otra vez oyendo en pleno parlamento las reclamaciones exclamó: *Solamente Turgot y yo amamos al pueblo*. Su conciencia se intimidaba de todo lo que asustaba á su debilidad, y reputaba por acto de tiranía un acto de justicia. Así, aunque había prometido sostener al ministerio, dejó que Malesherbes se retirase para encontrárselo después á su lado junto al patíbulo. Turgot, después de un breve ministerio, mas notable por sus buenas intenciones que por actos, fué despedido, sin que su separación le causara mas disgusto que el de no haber podido remediar los padecimientos del pueblo y el de ver á la Revolución acercarse cada día con mayor rapidez. Tú, le dijo el rey, eres mas afortunado que yo, porque á lo menos puedes renunciar. Voltaire le aseguró en su desgracia la popularidad saliendo á su encuentro y diciéndole: *Dejadme besar esta mano que firmó la salvación del pueblo* (1).

Despidiendo á Turgot, renegaba Luis de las ideas de bien público, mostraba una funesta vacilación, y se obligaba á entenderse con las medianías, por temor á los hombres eminentes. Clugny, que sustituyó á Turgot, deshizo lo que este había hecho y estableció hasta el inmoral arbitrio de la lotería; y así cuando después fué reemplazado por Jacobo Necker, de Ginebra, extranjero, protestante y banquero, aunque se infringieron en este nombramiento todas las prácticas establecidas, los innovadores le celebraron extraordinariamente. Necker, enriquecido en el comercio, había mostrado en su *Elogio de Colbert* que entendía las combinaciones económicas. En la *Legislación de granos* censuró con elocuencia y moderación á Turgot y á los economistas, entonces acreditados, desemmascarando las palabras pomposas con que adormecían los dolores de la multitud. La buena sociedad que reunía en torno suyo su

Necker. 1776.

(1) Sin embargo, le había punzado con el siguiente epigrama:

Je crois en Turgot fermement,
Je ne sais pas ce qu'il veut faire,
Mais je sais que c'est le contraire
De ce qu'on fit jusqu'à présent.

Malesherbes escribía: « Turgot y yo éramos honrados, muy instruidos y amantes del bien. ¿Quién no habría dicho que lo mejor que podía hacerse era elegirnos? Y sin embargo, no conociendo á los hombres mas que por los libros, » y careciendo de habilidad para los negocios, gobernamos » mal... Sin quererlo, sin saberlo, dimos impulso á la Revolución. » Ministros de Italia ó aspirantes á serlo, considerad estas palabras como escritas para vosotros.

mujer, culta y filantrópica, le había dado además reputación de pericia é integridad: por lo cual gozaba de la confianza de los negociantes y capitalistas, de quienes tenía necesidad para reponer su caja. Deseaba un vasto campo donde aplicar la experiencia que había adquirido, pero en la práctica se vió que se tenía mas vanidad que mérito, pues no aplicó sino escasos paliativos á enfermedades que eran orgánicas.

Las deudas dejadas por los reyes anteriores y los preparativos de la guerra contra la Gran Bretaña eran suficientes para explicar lo exhausto del tesoro. Necker, que había estudiado superficialmente la economía inglesa, y quería manifestarse antípoda de Turgot, creyó que remediaría la escasez por medio de empréstitos, los cuales no gravasen al Estado sino con los intereses, que se compensarían con economías: sistema engañoso que exageraba los efectos del crédito público sin fundarlos sobre las bases sólidas. Su reputación le hizo encontrar prestamistas, economizó hasta seis millones; echó mano de mil arbitrios para equilibrar los gastos con los ingresos, y es de creer que por lo menos se hizo la ilusión de conseguirlo. Así como Turgot pensaba que el gobierno había hecho lo bastante con quitar los obstáculos y dejar pasar, Necker por su parte quería una administración laboriosa, atenta al bien del pueblo, cuidadosa de los débiles y dispuesta á defenderles el pan y procurarles trabajo. Estableció asambleas provinciales, á quienes competía repetir los impuestos, cuidar de los caminos y proponer lo que creyesen conveniente al bien público; y aunque estas asambleas no tuviesen carácter representativo ni estaban en correspondencia directa con el rey, sino solamente con el ministro de hacienda, se logró por su medio que contribuyesen al bienestar público, no ya como antes tan solo unos cuantos agentes del poder, sino también los ciudadanos.

Otra novedad que Necker obtuvo del rey fué la publicación de las cuentas, que presentó en 1781: apelación arriesgada á la opinión pública (1) y cuya causa fué el deseo de fundar el crédito sobre la mejor base, esto es, sobre la pública confianza. De aquellas cuentas aparecía que en cuatro años se había cubierto el déficit anual de 27.000.000 de francos y ahorrado 10.000.000 mas sin nuevos impuestos y solamente por medio de hábiles empréstitos y minuciosas economías (2). Los guarismos dicen lo

(1) Vergennes decía al rey: « La Francia es una monarquía » absoluta; si la opinión pública de Necker prevaleciese, » V. M. no debería extrañar que llegasen á mandar los que » ahora obedecen y á obedecer los que ahora mandan. » SOUTAVIE, *Mém. hist. sur le règne de Louis XVI*, págs. 208-213.

(2) Los siguientes datos están tomados de la *Administración de la hacienda* de Necker:

Extension del territorio francés, sin contar la Córcega, 26,951 leguas cuadradas de 25 al grado, es decir, de 2282 teosas y dos tercios de largo.

Población 24.676.000 habitantes, ó sean 916 por legua cuadrada.

Ascendían las contribuciones á 584.400.000 francos, esto es, 21,684 por legua cuadrada y 23 francos 8 céntimos por habitante.